

CLAVES EN LA FORMACIÓN DE PROFESORES

José Luis González-Simancas*

Espero que mis lectores no crean que todo lo que voy a decir en este artículo lo voy a decir de boquilla, o por el placer de componer frases bellas, o como resultado de unas lecturas acumuladas. No. Lo diré, sobre todo, apoyándome en mi experiencia docente, en la enseñanza media y universitaria, que dura ya cuarenta y cinco largos años.

Hoy está de moda la evaluación. Todo se evalúa. Porque si no se evalúa, ¿cómo justificar una actividad, una empresa, una enseñanza, una institución docente? Y se evalúa sobre todo con el criterio de la eficacia y de la rentabilidad de esas actividades o instituciones.

Pues bien, mi mejor y personal instrumento de evaluación docente ha sido siempre el testimonio sincero de mis estudiantes -bachilleres o universitarios, no graduados y graduados-, y el de los cientos de profesionales de la docencia que desfilaron por el Instituto de Ciencias de la Educación de mi universidad hace ya tantos años.

Dado el conocimiento que a estas alturas tengo de mi persona y de mi actuación, esos testimonios me dejan asombrado, perplejo y abrumado en ocasiones. Lo cual, por ser sorprendente, suscita en mí nuevos y riquísimos aprendizajes. El más valioso: que merece la pena desvivirse ilusionadamente por ayudar, a los estudiantes y a los profesionales de la docencia, a seguir formándose como personas maduras, en sí y en sus relaciones sociales; con crite-

rio, seguras de sí y de su actuación profesional, con conocimiento y competencia, y con la iniciativa y los recursos necesarios para afrontar las vicisitudes y las presiones a las que toda profesión está sometida.

Son estas razones las que me han llevado a escribir el presente artículo sobre la formación de los profesores, que dedico ilusionadamente a la Universidad de La Sabana.

TRES CONCEPTOS "CLAVE"

Si tuviera que elegir una sola palabra clave para un asunto tan "clave" como es el de la formación en general, sin dudar un solo momento elegiría la palabra "persona". Porque la tarea de formación sólo tiene un sujeto: la "persona", el ser humano, el hombre, varón o mujer. No formamos a los animales porque son incapaces de formarse: los adiestramos o amaestramos. No formamos a las máquinas porque no pasan de ser máquinas; las programamos. Sólo se forman las personas. Y se forman ellas mismas. La persona es sujeto activo de su propia formación. La formación no es algo que se nos hace desde fuera: nadie forma a otro si ese otro no quiere formarse. Toda formación es "autotarea" de cada uno, con la ayuda ajena que sea necesaria.

¿Ayudar? ¿Ayudar por qué, a qué y para qué? Esto es importante. Ayudar porque exista una verdadera necesidad, ya que una ayuda innecesaria no forma sino que deforma. Ayudar a que quien lo necesi-

* Doctor en Ciencias de la Educación, Profesor extraordinario del Departamento de Pedagogía, Universidad de Navarra.

ta aprenda a "autoayudarse". Porque el para qué de toda ayuda bien entendida, la meta de toda ayuda, es la "autoayuda". Nunca lo perdamos de vista. Este es el punto clave de toda formación personal.

Pero íntimamente unidos al concepto central de "persona", porque son atributos constitutivos de ella y sólo de ella, están otros dos conceptos clave: el de "libertad" y el de "compromiso" en su sentido fuerte de obligación o vinculación libremente aceptada y asumida. Sin esta clave, sin este binomio, la tarea "personal" de formarse no funciona.

Basten aquí esos tres conceptos "clave" para la formación en general. Tres conceptos que son también "clave" en la formación de los profesores. Veamos por qué.

LA "FORMACIÓN" DE PROFESORES

¿Qué relación guardan esos tres conceptos clave con la formación de profesores, con la autotarea de formarse como profesores?

Hoy día están proliferando las ofertas de jornadas, cursos y cursillos para especializarse técnicamente. Los profesores con inquietudes buscan la ayuda de expertos que les den la clave de entrada en los entresijos técnicos que implican las leyes de reforma de la educación en todos sus niveles. Es lo que está ocurriendo actualmente en España.

Ya hay muchos profesores de enseñanzas no universitarias iniciados, pero aún quedan muchos que se siguen preguntando: ¿Cómo se maneja uno con esa jerga técnica? ¿Cómo hay que entender esos términos en relación con los acostumbrados hasta ahora? ¿Qué es eso de la "metacognición" y de las "estrategias cognitivas" de aprendizaje?

En la Universidad, a su vez, ante la Ley de Reforma Universitaria (LRU), estudiantes y profesores se van habituando a la nueva jerga, aunque no tanto a sus consecuencias prácticas, algunas traumatizantes de momento: que si asignaturas troncales, obligatorias de universidad, asignaturas optativas y de libre configuración, e itinerarios académicos; que si créditos, semestres, exámenes finales en febrero, etc., etc. A quien desconoce el origen

anglosajón-americano de tales conceptos y estrategias de enseñanza-aprendizaje le resulta todo ello esotérico, cuando no caótico.

Yo me pregunto: ¿Se trata una vez más de "reciclar" técnicamente a los profesores, ofreciéndoles una ayuda que, en definitiva, se puede quedar en un mero ejercicio de vocabulario, necesario pero insuficiente; hasta aprender las nuevas palabras o "palabros" propuestos por los técnicos de una didáctica aparentemente nueva y de una psicología cognitiva que asombra no tanto por su novedad cuanto por su complejidad terminológica, para terminar subrayando el básico objetivo de la "autoayuda" con la expresión de "autorregulación del aprendizaje"? ¿Es el reciclaje técnico de los profesores la clave de la reforma y de una educación de calidad, que es lo que en definitiva todos deseamos?

Mi respuesta personal y profesional es un rotundo no, por una sencilla razón. La formación de personas, y no tanto de técnicos o funcionarios aptos para un puesto de trabajo, si es que lo hay, no consiste en la simple asimilación de nuevas palabras o de nuevas técnicas. La profesión docente no es tanto una "función" como un "servicio" a las personas que componen una sociedad.

Y es aquí donde hay que entrar de lleno en el ámbito propio de la "formación" como autotarea, en una relación de ayuda potenciadora, tarea que supera en profundidad a la ayuda que ofrece un mero "reciclaje" técnico. Una tarea que resulta exigente y que ha de acometerse por deseo de los propios profesores.

Otra vez la clave, la llave que abre las puertas a su más acabada formación, es el binomio libertad y compromiso. Si los profesores no quieren, con libertad, comprometerse en su propia formación, no hay ley ni decreto ministerial que, por coactivo que sea, pueda ganar esa libre adhesión que es condición *sine qua non* de toda formación.

Como vengo diciendo repetidamente, las reformas no las hacen las leyes: las hacemos los profesores y nuestros estudiantes, si es que nos da la gana, si es que somos capaces de ese compromiso autodeterminado, libre y, por supuesto, esforzado.

No estoy haciendo un planteamiento utópico. Entre la utopía y la realidad está el trabajo, el deseo eficaz de formarse para trabajar bien, con competencia, haciendo realidad esa hermosa utopía a la que nunca debe renunciarse.

En clave sociológica, podemos preguntarnos: ¿Qué espera la sociedad de hoy de la actuación profesional de un profesor? ¿Sólo que transmita los conocimientos de un área determinada, lo que ya es mucho, y a veces no se hace? ¿Que enseñe a aprender por cuenta propia, ayudando a sus alumnos a reconocer y a cultivar toda una serie de estrategias cognitivas, lo que es mucho más, y vamos a ver si se sabe hacer? ¿O se espera también, en tercer lugar, que ese profesor oriente por medio de su enseñanza, suscitando en sus alumnos la reflexión que él mismo debe dedicar a esas cuestiones vitales que afectan a la vida en el mundo de hoy? En definitiva, ¿no se espera que un profesor no se ocupe tan sólo de la enseñanza, sino que subraye en ella su dimensión orientadora, formativa de la persona entera de sus estudiantes? Esta tercera opción es la que requiere en los profesores una formación pedagógica y no sólo técnica, por necesaria que sea esta última.

¿Y qué lleva consigo la formación de los profesores así enfocada, enfocada pedagógicamente y no sólo técnicamente? Paso a ocuparme de ello.

LAS EXIGENCIAS DE LA FORMACIÓN PEDAGÓGICA DE LOS PROFESORES

Si toda acción formativa es, en definitiva, una relación de ayuda bien entendida, dirigida a la autoayuda, ¿cómo se ayuda en ese formarse a fondo como auténtico profesor?

En primer lugar, dadas las actuales características de la sociedad en que vivimos, sugiero que los responsables de esa formación nos propongamos, con urgencia, ayudar, a quienes se preparan para la carrera docente, a que logren una clarificación conceptual sobre lo que es ser persona, sobre lo que es comportarse como una persona y sobre lo que nada tiene que ver con un comportamiento humano; sobre qué es actuar humanamente y cómo es posible ir deshumanizándose poco a poco, insensiblemente.

A renglón seguido, un profesor tiene que ocuparse, primero que todo, de su propia persona y de su conducta. Sólo después de la de sus alumnos. Si un profesor no comienza su formación por adquirir con nuestra ayuda mejor conocimiento de sí mismo que le sea posible, pronto caerá en una actuación superficial, con el riesgo de convertirse en un simple *fan* de la última moda, del último grito psicosociológico o tecnológico del momento, quizá impuesto por la ley de turno, pero sin capacidad de discernimiento personal de lo que vale y de lo que no tiene valor en sí.

Si no sabe quién es y cómo es, mal va a ser capaz de autoayudarse y de ayudar a todos. La mejor ayuda que puede prestarse a quien se inicia en la profesión docente -y a quien lleva años en ella pero nunca se ha explorado a sí mismo- es la de enseñarle a comprender quién es y cómo es; a diagnosticar cuáles es su grado de madurez personal y a qué convicciones ha llegado en su interior; a conocer cuáles son sus rasgos caracteriales y actitudinales positivos, menos positivos y francamente negativos: éstos que provocan el fracaso escolar en tantos alumnos, o que convierten al profesor en una amenaza, o en fuente de amiguismos injustificables. Ayudarle al conocimiento de sus recursos o de su falta de recursos, técnicos por supuesto, pero sobre todo de personalidad, de comunicación social, y de cooperación altruista, y tantos otros. Operaciones, todas ellas -conocerse, comprenderse, diagnosticarse-, que no se suscitan por lo general en un breve reciclaje técnico.

Es ése, a mi entender, un aspecto verdaderamente "clave" en la formación y el perfeccionamiento de los profesores. Sin autoconocimiento, autocomprensión y autoaceptación nunca podremos conocer a otros ni plantearles su propio conocimiento y autoaceptación, que son las dos condiciones básicas de la autoestima necesaria para cualquier posterior desarrollo y crecimiento en plenitud: "autoestima", entendida como la estima o estimación de lo que verdaderamente soy, de mi real y objetiva valía actual, así como de la valía personal a la que puedo llegar con mi esfuerzo y mi compromiso libre.

Pero todo eso, ¿cómo se hace, descendiendo a la práctica? Por supuesto que en estas líneas tengo en "mi mente" el tiempo generoso de toda una carre-

ra formativa, universitaria, más que el escaso tiempo de que se dispone en cursos intensivos de puro reciclaje. Y es que una auténtica formación personal y profesional lleva tiempo, mucho tiempo, y mucha dedicación a la tarea, y a las personas de los estudiantes, una a una, en comunicación dialogante, tanto en el aula como fuera de ella -la más decisiva-, en sesiones abundantes de asesoramiento académico y personal, cara a cara, entre profesor y estudiante en formación.

En todo caso, si la escasez de tiempo y de recursos económicos no permite una formación completa a tiempo completo, yo me atrevería a proponer que esos cursos breves, tan abundantes, dieran cabida también a cursos de "clarificación" de ideas y conceptos tan "clave" como los ya aludidos, y de algunos otros cuyo contenido se ha tergiversado en detrimento de su verdadero sentido. Conceptos tales como el de autoridad educativa, potenciadora; como los de autodisciplina y autoexigencia, y esfuerzo de la voluntad; como el de aprender de verdad unos contenidos sólidos antes de esa necesaria y formativa reflexión sobre lo que se aprende.

En el área de la pedagogía sabemos muy bien la huella personal que pueden dejar los conocimientos de "humanidades", por llamarlos de algún modo, si penetran a fondo y si no se separan de la realidad vital que todos vivimos día a día. Es una cuestión de enfoque, de saber encontrar la clave adecuada que abre horizontes sorprendentes: siempre la sorpresa y la perplejidad como clave del conocimiento que deja huella en la persona y no se olvida después del examen. Lo cual requiere que los formadores, los profesores universitarios, en este caso, se propongan, no sólo en teoría sino en la práctica más práctica de las aulas, aportar en sus necesarias exposiciones eso

que no está ni puede estar en los aprendizajes que conllevan los saberes de toda suerte acerca de la formación: lo que lleva a pedir a los estudiantes que aprendan a organizarlos intelectualmente en un todo orgánico; y, por otro, a idear situaciones de aprendizaje que les permitan incorporarlos a su vida, con convencimiento, mediante unas prácticas adecuadas.

Los "cómos" podrían contarse a cientos. Todos ellos pueden ser válidos si no se hace de ellos una "técnica" rutinaria, una receta que no tiene cabida en un saber eminentemente contingente como es el de la educación, el de la formación de personas, que son, cada una, únicas e irrepetibles, y en unas circunstancias que son también únicas. Lo cual se aplica también a los profesores en formación.

En este artículo, que ahora finaliza, no puedo resumir todo lo relativo a las actitudes y aptitudes que creo imprescindibles para la formación propia y ajena, para esa tarea compartida, o relación de ayuda bien entendida, que describo en lo que he venido a llamar Principio de Cooperación. Son las que exige nuestra profesión, y son las que necesitan como el agua, en su período de formación, los que libremente se proponen llegar a ser profesores de éstos que quieren, saben y pueden prestar ayuda a quienes la necesitan.

A quien tenga interés por profundizar en todo ello, yo le invitaría a seguir dialogando con este autor si se adentra en las páginas de un libro en que recoge por extenso sus más queridas convicciones en torno a la educación. Lo titulé *Educación: libertad y compromiso*, porque la libertad es necesaria para adquirir el compromiso con esa magna tarea de crecer uno al máximo de sus posibilidades personales, en beneficio propio y en beneficio de la sociedad, tarea a la que llamamos *educación*.

REFERENCIAS

GONZÁLEZ-SIMANCAS, J.L. (1991): *Principios del "tutoring"*, Estudio 4, Proyecto Sócrates, Departamento de Pedagogía Fundamental, Universidad de Navarra, Pamplona.

GONZÁLEZ-SIMANCAS, J.L. (1992): *Educación: libertad y compromiso*, EUNSA, Pamplona.

GONZÁLEZ-SIMANCAS, J.L. (1996, en prensa) "El asesoramiento académico personalizado en la universidad" en *Tratado de educación personalizada*, Rialp, Madrid.

ABSTRACT

Important Aspects in Teacher Training

It cannot be forgotten that the educational process is about people and for that reason the idea of self-study and hard work can be linkened to freedom and commitment. Because of the key role teachers play in society they require permanent training.

RÉSUMÉ

Les clefs de la formation des professeurs

On en peut pas oublier que dans le procès de l'éducation interviennent les personnes. En conséquence, l'auto-étude et l'effort individuel conduisent à la liberté de l'homme et le vrai compromis social. Vu le rôle fondamental des professeurs dans la société est indispensable sa supération permanente.